

LA FELICIDAD EN J. S. MILL:
¿UTILIDAD O EUDAIMONÍA?*

GERAINT WILLIAMS
Universidad de Sheffield (Inglaterra)

ABSTRACT

The larger topic which interests is the general influence of the Greeks on Mill and here he will concentrate on one aspect of this larger problem —can some of the difficulties which Mill is seen as getting into with his modified utilitarianism be better understood through an appreciation of the primacy of Greek views on happiness instead of the usual emphasis given to the Benthamite starting-point? The traditional objections to Mill's version of utility hardly need rehearsing: how can he admit a qualitative element into a scale which only objectively measures quantity? How can he include the higher nature of man in a scheme which only recognizes pleasures and pains? Whether these and other criticisms lead the commentator to condemn Mill's attempt or whether they act as a springboard to discover a plausible defence of Mill, there is today a consensus that Mill's trouble arises from tampering with Bentham as a result of later alien influences.

* Este artículo fue presentado originariamente como ponencia en la Cuarta Conferencia de la Sociedad Internacional para los Estudios Utilitaristas, que se celebró en Tokio, Japón, el mes de agosto de 1994. Traducción realizada por Jaume Trabal.

Una vez conocí a un hombre que había conocido personalmente a John Stuart Mill¹. Aunque esta declaración, asombrosa y verídica, no añade autoridad alguna a mis reflexiones, puede servir para distraer lo suficiente al lector en el momento de reconocer que esta ponencia, más que algo completo y acabado, es de carácter conjetural y abierto. Reconocimiento que, desde luego, no es una confesión; en un artículo sobre Mill no nos será necesario recordar que la verdad es una cuestión provisional y polifacética.

El asunto que más me interesa es la influencia general de los griegos sobre Mill, pero aquí me ceñiré a uno de los aspectos de este problema principal —¿pueden comprenderse mejor las dificultades en las que se considera que Mill se precipita con su utilitarismo reformado mediante una valoración de la primacía de las concepciones griegas de la felicidad en lugar del énfasis usual otorgado al punto de partida benthamita? Las objeciones tradicionales a la versión de la noción de utilidad que Mill ofrece apenas necesitan reformularse: ¿cómo puede admitir un elemento cualitativo en una escala que mide sólo objetivamente la cantidad? ¿Cómo puede incluir la naturaleza superior del hombre en un esquema que sólo reconoce placeres y dolores? Tanto si éstas y otras críticas llevan al intérprete a condenar el intento de Mill como si sirven como trampolín para descubrir una defensa plausible, actualmente se considera de forma unánime que el problema central en Mill radica en el forcejeo con Bentham provocado por influencias ajenas posteriores.

A modo de alternativa a este debate que conviene en una evolución del pensamiento de Mill que va desde el benthamitismo hasta «algo más», ya sea desesperanzadamente contradictorio o atractivamente liberal, sostendré que la progresión en Mill es la de alguien profundamente influenciado por su educación temprana en la filosofía y moralidad griegas y cuyos problemas se originan en la tentativa de integrar su nuevo compromiso con el benthamitismo dentro de la comprensión del hombre que ya le había sido suministrada por su educación clásica. La «eudaimonía» fue la primera concepción de la felicidad de Mill; el «utilitarismo», usando un lenguaje similar y ofreciendo un plan global de reforma, llegó en segundo término. Fue el utilitarismo benthamita lo que causó problemas a Mill y no aquellos elementos hasta

¹ No me dijo nada, de la misma manera que tampoco le había dicho nada a Mill, con lo cual, al menos, tenemos esto en común. Este hombre era Bertrand Russell, ahijado de J. S. Mill.

ahora considerados como nuevos injertos en una planta más antigua. Dada esta inversión en la visión tradicional, subsisten todavía algunos problemas respecto a su comprensión de la felicidad, pero éstos se muestran al menos con una mayor nitidez.

Mi intención, en primer lugar, es presentar las opiniones más elementales que Mill sostuvo acerca de la importancia de los griegos, antes de considerar la comprensión de la felicidad que de ahí pudo haber extraído. El problema, entonces, se centrará en la cuestión de si esta comprensión de la felicidad fue algo temprano o tardío en la evolución intelectual de Mill.

Algunos argumentos se basarán en la temprana educación de Mill y su conversión al utilitarismo durante su juventud. Desde la perspectiva de la biografía intelectual espero demostrar que Mill fue griego antes que un utilitarista decimonónico discípulo de Bentham, y que su primer compromiso, aunque transitoriamente relegado por el benthamitismo, reapareció con posterioridad. Su tarea, entonces, consistió en articular los elementos nuevos con los antiguos. Intentaré demostrar que, tanto filosóficamente como biográficamente, el concepto de felicidad de Mill adquiere mayor sentido si se entiende principalmente como una forma de eudaimonía, caracterizada, sin embargo, por el esfuerzo de incorporar aquellos aspectos de la noción de utilidad que merecieran retenerse.

Así pues, en primer lugar, abordaremos la valoración que Mill nos ofrece de los griegos². Es bien conocido que Mill estimaba la experiencia griega como una confirmación de sus propias posiciones, tanto políticas como filosóficas. Su visión de la política como una contienda entre pueblo y aristocracia, a manera de reflejo de una división social y moral más profunda entre fuerzas reformadoras y conservadoras, se entendía como una versión decimonónica de una división similar manifestada ya en la sociedad griega. Igualmente, el papel de la filosofía como defensora de la investigación racional contra la adhesión irreflexiva a la religión o a la tradición se justificaba a partir de la experiencia de la Atenas democrática. Para Mill, la historia de Grecia era la historia de Gran Bretaña; la batalla de Maratón era más importante que la batalla de Hastings. Atenas era el modelo de cómo una democracia podía ayudar a conseguir el desarrollo de las cualidades

² He analizado este mismo asunto de forma más pormenorizada en el artículo «J. S. Mill on the Greeks», *The Mill News Letter*, vol. XVII, n.º 1, 1982.

humanas superiores; su preeminencia intelectual y moral era el resultado de su libertad y participación.

Su elogio de los progresos filosóficos en Grecia es igualmente generoso: los sofistas cuestionaron, escudriñaron y rechazaron lo aceptado y acostumbrado; Sócrates ensayó la definición a través del análisis; Platón prosiguió mediante la dialéctica la búsqueda de la verdad; Aristóteles creó y completó la doctrina del silogismo. La investigación racional se introdujo en el mundo griego de la costumbre y la tradición con la misma relevancia que el radicalismo filosófico inspirado en Bentham lo hizo en el mundo inglés del s. XIX. La verdad sólo podía ser descubierta mediante la razón.

Todo esto es de sobra conocido y puede verse fácilmente como una mera confirmación de la admiración e influencia de los griegos en el último Mill. Pero teniendo presente la temprana inmersión de Mill en lo griego, permítasenos detenernos brevemente para considerar cuál pudiera ser exactamente la comprensión de la felicidad que pudo haber obtenido de esa fuente antes que tuviera lugar cualquier contacto explícito y preciso con la versión benthamita. La comprensión griega de la eudaimonía pudiera ser tal que supusiera una norma objetiva, y no una que fuera reducible al simple placer; una en la que el individuo pudiera no ser el mejor juez de su propia felicidad si eso se tomara tan sólo como noticia de su propio estado mental. La eudaimonía suponía el desarrollo de las distintas características que hacían a un hombre completo, y aunque esto generara el sentimiento de felicidad, este solo sentimiento no constituiría eudaimonía. Las normas se daban por supuestas, y para alcanzar una vida feliz era necesario vivir en conformidad con ellas, conscientemente y con placer. Aunque el mundo griego al que Mill había accedido tempranamente pudiera estar en desacuerdo sobre cuáles eran las normas correctas —honor, riqueza o virtud—, posiblemente estuviera acordado que la felicidad suponía el cumplimiento de estas normas y el conocimiento consciente del placer resultante. De tal modo que la norma objetiva coincidía con la fruición experimentada; una persona no sólo satisfacía las normas apropiadas, sino que también satisfacía sus deseos. Se producía una constatación tanto moral como psicológica de la felicidad. Cumplir con nuestra función como seres humanos significaba llevar una vida feliz, específicamente humana, que fuera provechosa, y sentida como tal.

Me atrevería a sostener que la opinión de Mill sobre la concepción griega de la felicidad tuvo que haber sido bastante parecida. La cuestión es si fue una opinión tardía que Mill se esforzó en injertar en la concepción utilitarista o si es la opinión con la que empezó. Se da un claro paralelismo entre la perspectiva griega y la versión madura de la noción de utilidad de Mill. Por mi parte, voy a mantener que la versión madura responde a una historia continua y no significa ninguna desviación respecto de sus opiniones iniciales.

Si nos fijamos, aunque sea brevemente, en la educación de Mill a partir de sus lecturas tempranas, a los tres años, cuando empezó a aprender griego, se advierte una dosis considerable de clásicos³. Esopo, Jenofonte, Heródoto, Platón, Homero, Sófocles, Eurípides, Aristóteles, Demóstenes y muchos más escritores antiguos fueron leídos a una edad temprana. Por la misma época también escribía, en buena parte sobre los autores clásicos. Era amigo de George Grote desde los trece y estudió y se carteoó con él. Si-túese todo ello en el contexto de las ideas educativas de James Mill y difícilmente puede sorprender que la influencia griega no fuera crucial.

Dentro de la teoría educativa global de James Mill que pretendía hacer del individuo un instrumento de la felicidad de sí mismo, tanto como de la de los demás, se aborda la importancia moral de la educación doméstica. Es esto lo que forma la base de la mayoría de los caracteres individuales; la cultura que se posee en el futuro vendrá determinada en gran parte por las características de la primera educación. Las leyes de asociación señalan que «parece ser una ley de la naturaleza humana que las primeras sensaciones experimentadas produzcan los mayores efectos; y, sobre todo, que las primerísimas repeticiones de una sensación detrás de otra produzcan los hábitos más arraigados, la propensión más fuerte para transitar inmediatamente de la idea de la una a la idea de la otra»⁴.

La educación intelectual y moral del hombre empieza pronto y queda determinada por las primeras asociaciones que realiza. Así, por ejemplo, es importante no relacionar la admiración con el rico y el poderoso o el desprecio con el pobre y el débil. Los ejem-

³ *Collected Works*, vol. I, *Autobiography and Literary Essays*, Appendix B.

⁴ JAMES MILL, «Education» Supplement to the IVth edition of the *Encyclopaedia Britannica*, p. 25.

plos de inteligencia, templanza y benevolencia que experimentamos por primera vez son un factor clave en el desarrollo de nuestras actitudes éticas.

Si éste era el parecer de James Mill y si educó a su hijo en gran parte mediante los clásicos, entonces ¿es sorprendente que la concepción moral de la felicidad que se hallaba en los griegos contribuyera significativamente en los puntos de vista originales —y no meramente en los tardíos— de J. S. Mill? Él mismo lo apunta en su traducción y comentario del *Gorgias* de Platón en 1834-35:

«El amor a la virtud, así como todos los demás sentimientos nobles, no se comunica mediante razonamiento, sino que se consigue por inspiración o por simpatía con aquellos otros que ya lo poseen; y la Admiración es su nodriza y madre adoptiva. Lo adquirimos de aquellos a quienes amamos y reverenciamos, sobre todo de aquellos a quienes amamos y reverenciamos primero: de nuestro ideal de aquéllos, tanto en el pasado como en el presente, cuyas vidas y caracteres han sido los espejos de todas las cualidades nobles; y, finalmente, de aquellos que, en calidad de poetas o artistas, pueden revestir esos sentimientos con las formas más bellas e insuflarlos en nosotros a través de nuestra imaginación y nuestras sensaciones. Es por eso que Platón ha merecido el título de gran escritor moral. Cristo no dio razones acerca de la virtud, pero la impulsó. Platón, cuando razona sobre ella, da razones inconclusas en su mayor parte; pero se parece a Cristo en el amor que inspira hacia ella y en la resolución severa de no desviarse jamás de ella, lo cual llegan a sentir de modo natural todos aquellos que, leyéndolos atentamente, pueden gustar de su escritos»⁵.

Mill tiene claro que aunque la cuestión de cómo vivir virtuosamente pueda tener una solución racional, esto por sí solo no proporciona ningún incentivo en aquellos no comprometidos con la virtud, y un compromiso tal sólo llega en una edad temprana. En esto pensaba como su padre, que mezcló su descubrimiento de los antiguos y de su espíritu público y ético con su sentido puritano del deber y forjó una educación para su hijo donde los clásicos eran esencialmente los modelos de la excelencia moral e intelectual destinados a formar el carácter apropiado. Y así fue: sabiduría, virtud y templanza podían estimarse como algopreciado por sí mismo o como medios para lograr la felicidad, pero Mill tiene claro que la consecuencia importante no es ésta, sino su creencia

⁵ *Collected Works*, Vol. XI, *Essays on Philosophy and the Classics*, p. 150.

de que «donde estas dotes superiores no se manifiestan, la felicidad es imposible»⁶.

La experiencia de los clásicos precedió lo que había de ser el relativamente breve período en la vida de Mill en el que fue un benthamita comprometido y activo. Fue sólo después de su viaje a Francia, en 1820, que su padre le facilitó el *Traité de Legislation* de Bentham. Aunque por aquel entonces escribe que se daba perfecta cuenta de que su educación previa había sido un curso de Benthamitismo en el que «la mayor felicidad» era siempre el objetivo y que el benthamitismo le proporcionaba en ese momento una unidad a sus pensamientos de la que previamente carecía, y aunque esta fase de discipulado duró hasta 1826, su admiración por los griegos era todavía reconocida públicamente en esa misma época. En efecto, por diferente que fuera la felicidad utilitarista de la original griega, cabe dudar si aquélla llegó a reemplazar a esta última incluso en la etapa más ortodoxa de la evolución de Mill.

Una vez examinados los rasgos generales de la eudaimonía, y antes de desenredar los distintos hilos que unen y separan ambas concepciones en el pensamiento de Mill, se nos impone examinar de modo parecido el concepto de placer en Bentham. Bentham defiende dos tesis, una factual o descriptiva y otra normativa o preescriptiva. Los seres humanos están constituidos de tal manera que buscan el placer y evitan el dolor; las buenas acciones aumentan y las malas disminuyen ese placer. El principio moral señala el objetivo apropiado de los esfuerzos humanos y el principio psicológico la necesidad que debe reconocerse en la prosecución de ese objetivo. El principio de la mayor felicidad de Bentham pretende ser realizable y por eso debe reconocer las cualidades naturales de la humanidad. El hedonismo psicológico refleja la creencia de Bentham de que los placeres y dolores son las entidades reales que hemos de tener en cuenta. El placer no se elige, por encima del honor o de la virtud, como el elemento esencial de la felicidad, sino que es la única realidad que Bentham reconoce, siendo reducibles a él tanto el honor como la virtud o cualquier otro candidato que se presente para elucidar el contenido de la felicidad. Y dentro de esta definición de la felicidad como placer la presunción más rentable que puede hacerse es que los placeres perseguidos son aquellos que tienen que ver con las propias preferencias. La única evidencia que tenemos de los placeres que

⁶ «On Genius», *Collected Works*, vol. I, p. 330.

motivan a la gente proviene de su conducta y esto es la base de su valor relativo. Hay una medida común en los asuntos de los hombres y las mujeres y ello permite a su principio moral que resuelva cualquier disputa, desde el curso apropiado de la acción hasta la felicidad de la comunidad. Su principio no se opone a otros principios morales, ya que todos ellos se le reducen; más bien se opone al capricho o al mero sinsentido. Las cuestiones de hecho y la observación de las consecuencias, y no el antojo o el gusto personal, deben erigirse como punto de partida de la evaluación moral. Debido a que los placeres y dolores pueden medirse, el principio moral dispone de un punto de referencia fáctico; su objetivo es cambiar el comportamiento de la gente, pero no su motivación. Los placeres y los dolores son los únicos ingredientes de la felicidad, así como también los únicos instrumentos que pueden conducir a la gente hasta ella.

¿Cómo se relaciona esto con las nociones de la felicidad, a primera vista similares, con las que Mill pudo haber estado familiarizado antes de la lectura de Bentham? Hemos visto que la eudaimonía también suponía el deseo de placer, pero un placer obtenido en la consecución de determinadas normas. ¿Se trata, acaso, que Bentham presenta la felicidad como un estado afectivo y que el esfuerzo de Mill consiste en reintegrar ese aspecto de la felicidad a su debido acompañante, la obtención de algún bien? ¿Puede sorprender que alguien con una apreciación temprana de los elementos objetivos y subjetivos que subyacen en la noción de eudaimonía tuviera a la larga que haber encontrado inadecuado e incompleto un concepto de felicidad que se basa principalmente en el solo factor subjetivo? En honor a la verdad, la propia obra de Bentham, con su acento en el deber, aunque reducible finalmente a las entidades reales de placer y dolor, pudo haber proporcionado a su utilitarismo un sentido moral más fuerte y pudo haber estimulado en Mill, un hombre joven imbuido del ideal griego consistente en hacer el bien al prójimo, la figura del reformador altruista. Sin embargo, a pesar de la voluntad cívica de su iniciador y de sus partidarios, el utilitarismo era una doctrina del placer y del dolor. Y en esto contrastaba drásticamente con la eudaimonía.

Ambas teorías morales coinciden en que la felicidad es el telos o fin de la acción humana y ambas utilizan los términos «feliz» y «bueno» de un modo perfectamente intercambiable, pero lo crucial son las relaciones entre felicidad y hedonismo y felicidad y virtud,

respecto de las cuales Mill intenta finalmente aportar una solución mediante su doctrina de los placeres superiores.

Si bien para algunos griegos el concepto de eudaimonía era de carácter hedonístico, la visión general que la temprana lectura de Sócrates, Platón y Aristóteles pudo haberle proporcionado era que la felicidad era el fin, pero que la virtud se elegía también por su propio valor. Ciertas actividades son constitutivas de la misma felicidad a la que contribuyen. La amplia variedad de bienes — físicos, sociales, intelectuales y morales— tienen que disponerse en un orden que reconozca su deseabilidad en sí mismos y por sus consecuencias, y este orden sólo es posible cuando la singularidad del hombre se reconoce como principio de tal ordenación. De este modo, los bienes no-morales son inferiores a los bienes morales porque es este último tipo el que se vincula a la naturaleza característica del hombre. En este sentido contribuyen más a la felicidad porque su contribución es más valiosa. De tal manera que no hay lugar para ningún tipo de transacción utilitarista entre algunos bienes, pongamos la justicia, y otros beneficios aparentemente estables, pongamos la riqueza o el éxito. Si hay que elegir entre lo bueno y lo malo, la eudaimonía exige lo primero, sin que por eso tenga que definir por completo la felicidad en términos de virtud. Así, el placer en Bentham no se contrapone totalmente a la comprensión griega; hay que tenerlo en cuenta en la medida que no disminuye el buen ser moral del agente; la felicidad tiene que ser placentera y el bien tiene que ser agradable. Se tiende más a la felicidad que a la virtud, pero ésta debe incluirse; efectivamente, muchos bienes no-morales potencian activamente la vida buena y por tanto no pueden excluirse en una argumentación sobre la felicidad. Hay toda una gama de cosas cuyo valor es esencialmente instrumental, tanto como un grupo cuyo valor es intrínseco. De este modo, disponemos de una escala mediante la cual valorar las cosas en términos de su contribución a la felicidad.

Si nos volvemos ahora hacia los intentos de Mill para definir la felicidad, observaremos que la primera etapa de su rechazo de la versión benthamita suponía la comprensión de que la felicidad no era algo que debía buscarse directamente, sino algo hallado en la persecución de otros objetos válidos por sí mismos. Suponía también el reconocimiento de que los cambios externos eran insuficientes para la obtención de la felicidad que exigía el desarrollo interno del individuo. Dado su temprano amor por los griegos, ¿no era esto evidente de por sí? Un discípulo de Sócrates no podía haber «descubierto» la noción de carácter tras una crisis en 1826;

la noción había de serle familiar desde la primera infancia, aunque permaneciera oculta temporalmente bajo la estructura utilitarista del benthamitismo. Esto es verdad en la mayoría de las rectificaciones que Mill hace de la versión de Bentham. Allí donde podemos esperar una decisión en favor de la utilidad o la eudaimonía, nos encontramos con la renuncia de Mill a abandonar alguna de esas dos herencias. Se aprecia claramente que Mill quiere integrar los frutos de la filosofía clásica en lo mejor de la filosofía contemporánea, y eso lo empuja a desarrollar una forma de lo moderno que respete lo antiguo. Para tomar un ejemplo que Mill utiliza en su *Address to St. Andrews* respecto a los méritos relativos de la educación antigua y moderna, al interrogarse sobre si un sastre debe hacer americanas o pantalones, Mill sólo puede responder con la pregunta ¿y por qué no ambas cosas? Y los críticos le han estado diciendo por qué no durante más de un siglo.

Prosigamos analizando la versión de Mill y veamos si, en el caso de que pusiéramos al principio la herencia griega y consideráramos el benthamitismo como una adición posterior, su versión adquiere un sentido mayor, tanto por lo que se refiere a su vigor como respecto a sus debilidades. Ya hemos apuntado la idea de algunos bienes que pueden ser valorados tanto por sí mismos como por ser parte de la felicidad, y también la noción del carácter del individuo que no es únicamente el producto de circunstancias externas. Aunque Mill repita la fórmula de que la felicidad es el fin de la vida y que consiste en el placer y en la ausencia de dolor, nunca se aparta de la noción de hombre como algo distinguible de los otros animales y de la creencia de que la noción de placer debe tener en cuenta esta distinción.

Aunque la adhesión de Mill a la causa utilitarista le lleve a continuar utilizando el placer como ingrediente clave de la felicidad, esto parece ser más bien una glosa de su primer compromiso con la felicidad entendida como algo que, aun reconociendo el placer, está crucialmente conectado con las virtudes o, en la terminología de Mill, con las facultades superiores. Su interés en fomentar la nobleza de carácter, la dignidad, la conciencia o la verdad como partes de la felicidad es más una continuación de su educación griega que una desviación de su posterior benthamitismo. Aunque frecuentemente usa el lenguaje utilitarista de «fines» y «medios», los «medios» pronto se reconocen como «partes» que constituyen el «fin», a la manera griega. En efecto, su misma forma de expresión apenas se desvía de lo que bien podría ser una formulación griega:

«Los ingredientes de la felicidad son muy diversos y cada uno de ellos es deseable en sí mismo, y no tan sólo cuando se consideran formando parte del total... Son deseados y deseables en y por sí mismo; además de ser medios, son una parte del fin»⁷.

En la formulación más madura de su comprensión de la felicidad, la formulación griega es inconfundible, aunque la preocupación benthamita por el placer y la evidencia empírica le sustrae parte de su coherencia original. Los pasajes claves en el capítulo segundo de *Utilitarianism* son aquellos en los que se insiste en que un concepto de felicidad apropiado a los seres humanos debe reconocer sus facultades elevadas y sus características únicas. Ciertamente, Mill se refiere a las virtudes intelectuales y morales como placeres de valor superior, pero, reconociéndoles también la naturaleza intrínseca de su valía, su posición apenas se desvía de la comprensión griega. Los placeres superiores de Mill, al incorporar el aspecto cualitativo, son básicamente las virtudes griegas, suavizadas, no obstante, con el objetivo de no perder la base empírica que Bentham consideraba esencial para la introducción de una filosofía reformadora. De este modo, Mill proporciona a su distinción entre placeres superiores e inferiores una prueba pseudo-empírica consistente en recurrir a aquellos jueces competentes que han tenido experiencia de ambos. Pero la introducción de una prueba de este tipo tan sólo logra debilitar su formulación; Bentham no puede aportar ninguna ayuda a una explicación que distingue entre la felicidad con todos sus ingredientes —y el contento o la satisfacción entre ellos— con una sola dimensión de ella.

No creemos que haga falta elaborar más extensamente la versión del utilitarismo de Mill, y aunque reclame que su comprensión de la felicidad se basa principalmente en la eudaimonía y que su debilidad se debe principalmente a la influencia del utilitarismo, no es mi intención sostener que su felicidad es simplemente la versión griega rescatada del mundo antiguo. Y eso porque la versión de Mill incluye también su propia contribución a la noción de felicidad, especialmente su idea de autorrealización en la que la libertad juega un papel clave. Que puede jugar tal papel y sea perfectamente compatible con la teoría general —lo cual no podría suceder si la teoría fuera benthamita— es porque la estructura de la eudaimonía permite, como hemos visto, la incorporación de elementos que son valiosos tanto por sí mismos como

⁷ «Utilitarianism», *Collected Works*, vol. X, p. 235.

por su contribución a la felicidad. Así es exactamente cómo Mill escribe acerca de la importancia de la libertad cuando defiende tanto su valor intrínseco como instrumental. Otorgarle este valor supremo, algo que se aviene difícilmente con la tesis utilitarista de que todo se valora simplemente como un medio para la felicidad, no supone problema alguno para el viejo esquema de cosas que también trataba a las virtudes como algo con valor supremo. Mill, por tanto, está modificando su experiencia inicial de la eudaimonía con la inclusión de la idea de autorrealización a través de la libertad, más que modificar su posterior experiencia del utilitarismo. La primera tarea podía conseguirse de modo bastante natural, pero no es así en el caso de la segunda. Debido a que Mill pensó que podía hacer a la vez americanas y pantalones, el traje final quedó algo desajustado; si hubiera seguido fiel a la manera griega, el resultado se hubiese ceñido mejor al modelo original.